

Eduardo Labarca

Viena, 24 de mayo de 1999

### Una novela sobre Chile que por supuesto no conocemos

Escuché esa novela antes de leerla. Fue hace algunos días en el Volkstheater, aquí en Viena. La voz de la mujer tenía acento argentino, pero hablaba de Chile, de la Isla Juan Fernández. Estaba sola en la oscuridad de un palco del teatro, leyendo en castellano al vacío las hojas ajadas de un libro que una lamparilla iluminaba apenas. Decenas de escritores austríacos leían simultáneamente sus obras en alemán desperdigados en el foso de la orquesta, en diversos asientos de la platea, en la galería, en los camarines, a la salida de los baños, a voz en cuello para hacerse escuchar. Era el día anual del *Worttheater*, el “teatro de la palabra”, un *happening* muy austríaco, locura de cada primavera, encuentro absurdo de escritores energuménicos desfogándose a gritos con cacofonía de voces entrecruzadas.

Mis oídos eran los únicos dispuestos a escuchar en este rincón de Europa Central a esa argentina rubiasca y de enorme melena encrespada, yo era todo su público. Yo escuché su canción cuando sacó de debajo de la silla una guitarra. La canción estaba en el libro y ella iba leyéndola con sus ojos azules profundamente tristes y cantándola a media voz: *La isla de Juan Fernández / sus cerros y sus lagunas / aquí se arriesga la vida / se arriesga si uno la gana / por eso que en Juan Fernández / la vida no vale nada.*

La historia seguía con un tal Chicho, una tal Ada, Agualdo, Niágara, Beatriz y un perro llamado Fantasma... Y en la lectura un tal Colorado tenía una visión singular:

*Enseguida, en desorden, como si todo sucediese al mismo tiempo, vio balsas que llegaban de Oriente, canoas, fragatas, vio a Juan Fernández luchando contra la barrera de viento, barcos piratas (...) Vio a O'Higgins avistando Masatierra con prismáticos sin desembarcar a causa de la niebla (...) vio a Darwin cerca del Yunque decepcionado al encontrar poco sándalo, a los líderes de la Independencia presos con ganado en un corral discutiendo la Revolución Francesa y la América única de Bolívar entre los mugidos de las vacas. Vio cómo Juan Fernández, desierta después del terremoto de 1822, volvía a poblarse de prisioneros políticos, asesinos, salteadores y prostitutas quienes tras derrocar al gobernador y capturar el ballenero Anawan fueron ejecutados a excepción de los que llegaron a cruzar los Andes para ser prendidos por Facundo Quiroga y repatriados a Juan Fernández ahora arrendada a Larraín, prontamente asesinado a cuchillazos por el capitán Paddock de Nantucket, ejecutado a su vez en represalia (...) Vio a Herman Melville mirando la isla con binoculares desde la fragata United States, a Sarmiento comparando Más Afuera con una enorme ballena dormida (...) Vio la isla imaginada por Juan Fernández que coincidió con Masatierra, vio la isla imaginada por Defoe al escribir el Robinson, y vio la isla imaginada por Selkirk en su agonía cuando dijo: “oh, mi adorada isla nunca debí haberte abandonado”...*

¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco horas? ¿Cuánto tiempo estuve escuchando esa cautivante voz rioplatense hasta la madrugada, recorriendo con ella los vericuetos de esa historia extraña? ¿A qué llegan los desgarrados personajes de la novela a Juan Fernández, a esta isla *sin farmacia, sin cine ni teatro, sin dentista, sin medios de transporte, sin servicio médico, sin servicio religioso, sin teléfono ni radio?* (...) *A las islas se viene a escapar, a forzar una tregua. Profesional de la espera, adorador de los paréntesis, conjurado contra el ritmo de las metrópolis, el falso turista de la isla pertenece a la raza de los que intentan detener el tiempo.* Así llega Ada desde Nueva York a la isla brumosa trayendo auestas la vivencia de un amor frustrado que seguirá con ella y se irá entremezclando con la existencia palpitante de los lugareños, así llegan los demás uno tras otro. La leyenda de Juan Fernández irá envolviéndolos a todos, como al Colorado, que al despertar en la Laguna vio la isla desde mil ángulos distintos.

Un día a las islas del archipiélago de Juan Fernández les cambiaban el nombre: Más Afuera pasaba a llamarse “Marino Alejandro Selkirk”, y Masatierra, “Robinson Crusoe”. En la isla se iba instalando la nostalgia, los protagonistas añoraban la isla de antes. De ser origen de una ficción, la isla *pasaba a ser ficción ella misma: era un cambio degradante.* La isla *pierde su pasado, su misterio, su secreto. La vuelven una Disneylandia, una isla kitsch,* se quejaba Pablo. *Un souvenir de sí misma,* se lamentaba el Colorado.

Hacia el final, el drama aflora cuando el mar arroja a la playa un brazo humano. Luego por la isla ronda una avioneta, se avista un buque de guerra y entre las rocas comienzan a aparecer los cadáveres...

En el teatro de Viena las voces se habían ido apagando, ya no quedaba casi nadie, sólo la argentina y yo y las aseadoras serbias y kosovares que empezaban a limpiar el teatro para la tarde siguiente.

—¿Cómo se llama tu novela? —le pregunté.

—*Música para olvidar una isla.*

—¿Dónde la puedo comprar?

—En Buenos Aires, tal vez. Salió en 1993. Supongo que a Planeta Argentina le quedan algunos ejemplares. Yo he regalado todos los míos, el único que tengo es éste.

Y esas hojas ajadas, 348 páginas rayadas con marcas para la lectura e infinitas correcciones a mano fue las que ella me prestó: “Sólo por 24 horas, che, que me voy pasado mañana.” Con el libro achurrascado en el bolsillo de mi abrigo le pedí a una abuelita austríaca que paseaba su perro que nos sacara una foto juntos antes de separarnos e ir a tomar desayuno cada cual por su lado en esa mañana helada.

Victoria Slavuski –así resultó llamarse la argentina– alcanzó a contarme que en 1971 había llegado a Chile con otros intelectuales de todo el mundo a la Operación Verdad, que organizaba Miguel Labarca, gerente general de Soquimich, y que le costaría al viejo Labarca tener que exiliarse para morir en Francia, bajo la amenaza de un consejo de guerra por haber malversado –¿o *bienversado*?– los fondos del salitre en promociones culturales. Desde Santiago, Victoria se fue “con alguien” a Juan Fernández, esa isla chilena cuyo recuerdo la acompañó desde entonces en su vida errante, en Nueva York, París, Barcelona, Lisboa, Buenos Aires, Viena... La evocación echó raíces y fue creciendo en largos años de paciente creación literaria, en el bordado fino de palabras de esta novela muy compleja, de escritura original, tersa, lánguida, sutil, siempre profunda. Novela cuya lectura me demostró que todavía podía decirse algo nuevo sobre el amor. Novela que los chilenos no hemos leído porque la cordillera de los Andes es a veces demasiado alta para dejar pasar un buen libro.

Cuando le devolví a Victoria Slavuski sus hojas en el café Hawelka, me dijo:

–¿Vos la conocés a mi amiga Gloria? Te la presento: La Flor de la Canela, una acordeonista peruana que llegó a Viena persiguiendo a un polaco. Partimos a Florencia en tren esta noche.

Nos despedimos y la enorme melena rubia de Victoria y la melena retinta de la peruana se mezclaban en un arcoiris exuberante cuando se alejaban juntas por la Kaerntnerstrasse al ritmo de sus caderas.

Así se marchó Victoria Slavuski llevándose de Viena el último ejemplar de su *Música para olvidar una isla*.